

El candor del Padre Brown

Gilbert Keith Chesterton



TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Título original:
The Innocence of Father Brown, 1911

© De la presentación y apéndice: Vicente Muñoz Puelles, 2017

© De la ilustración: Enrique Flores, 2017

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez

Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, septiembre 2017

ISBN: 978-84-678-7166-1

Depósito legal: M. 20878/2017

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

El candor del Padre Brown



Gilbert Keith Chesterton

Traducción:
Alfonso Reyes

Presentación y apéndice:
Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:
Enrique Flores

ANAYA

PRESENTACIÓN

GILBERT KEITH CHESTERTON

Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) nació en Kensington, Londres. En su Autobiografía (1936) cuenta el acontecimiento de forma jocosa: «Obligado por la autoridad y la tradición de mis mayores, he llegado a aceptar supersticiosamente una historia que no pude verificar en su momento mediante ningún experimento ni juicio personal, y me he convencido a mí mismo de que nació el 29 de mayo de 1874 en Campden Hill, Kensington, y de que me bautizaron según el rito de la Iglesia anglicana en la pequeña iglesia de St. George».

Chesterton fue un hombre corpulento. Medía 1,93 metros y pesaba unos 134 kilos. Durante la Primera Guerra Mundial, una mujer le preguntó por qué permanecía en Londres y no estaba fuera, en el frente. «Si me mira de lado, verá como sí estoy en el frente», replicó, refiriéndose a su voluminoso vientre.

Era también un hombre pintoresco. Vestía capa y un sombrero arrugado, y llevaba un estoque en la mano y un puro entre los labios. Cuando se dirigía a un lugar, tenía cierta facilidad para olvidar su objetivo por el camino, y con frecuencia se veía obligado a enviar un telegrama a su mujer desde algún lugar equivocado y remoto, para preguntarle dónde se suponía que debía estar, a lo que ella siempre contestaba: «En casa». Tras convertirse al catolicismo, Chesterton adoptó la costumbre de trazar el signo de la cruz con el cigarro, antes de iniciar el dictado.

La producción de Chesterton fue tan imponente como su aspecto físico. Escribió alrededor de 80 libros, centenares de poemas, unos doscientos cuentos e innumerables artículos y ensayos. En sus obras abundan las paradojas. Por ejemplo, escribió: «Los ladrones respetan la propiedad. Solo desean hacerla suya para respetarla mejor» y «Los



cuentos de hadas van más allá de la realidad, no porque nos digan que los dragones existen sino porque nos dicen que pueden ser vencidos».

Entre sus novelas destacan El Napoleón de Notting Hill (1904), El hombre que fue Jueves (1908) y El regreso de don Quijote (1927). Su creación más popular, sin embargo, son los cincuenta y tres relatos que tienen como figura principal a un sacerdote católico, el Padre Brown, y que tras ser publicados en revistas británicas y estadounidenses fueron recopilados en cinco libros: El candor del Padre Brown (1911), La sabiduría del Padre Brown (1914), La incredulidad del Padre Brown (1926), El secreto del Padre Brown (1927) y El escándalo del Padre Brown (1935).

El personaje, de aspecto insignificante, aparece por primera vez en «La cruz azul», primero de los relatos de El candor del Padre Brown, bajo esta descripción: «el curita era la esencia misma de aquellos insulsos habitantes de la zona oriental; tenía una cara redonda y roma, como un budín de Norfolk, unos ojos tan vacíos como el mar del Norte, y traía varios paquetitos de papel de estraza que no acertaba a juntar».

Esa insignificancia es engañosa, ya que el Padre Brown suele resolver los crímenes más inexplicables gracias a su conocimiento de la naturaleza humana y a su capacidad para ponerse en el lugar del asesino y planear y ejecutar mentalmente sus crímenes. En esto se diferencia de su predecesor Sherlock Holmes, que prefería el método deductivo. En «La cruz azul», al ser preguntado acerca de cómo un cura ha podido adquirir el conocimiento de tantos horrores, el Padre Brown contesta:

«¿No se le ha ocurrido a usted pensar que un hombre que casi no hace más que oír los pecados de los demás no puede menos que ser un poco entendido en la materia?».

Para crear el personaje, Chesterton se inspiró en el Padre John O'Connor (1870-1952), cura párroco de Bradford, Yorkshire, que influyó decisivamente en su conversión al catolicismo, y que en 1937 tuvo la honorada de publicar un libro titulado El Padre Brown de Chesterton.

«La literatura es una de las formas de la felicidad. Quizá ningún escritor me haya deparado tantas horas felices como Chesterton», escribió Jorge Luis Borges.

A Waldo y Mildred d'Avigdor

I

La cruz azul

Bajo la cinta de plata de la mañana, y sobre el reflejo azul del mar, el bote llegó a la costa de Harwich¹ y soltó, como enjambre de moscas, un montón de gente, entre la cual ni se distinguía ni deseaba hacerse notable el hombre cuyos pasos vamos a seguir. No; nada en él era extraordinario, salvo el ligero contraste entre su alegre y festivo traje y la seriedad oficial que había en su rostro. Vestía un chaqueta de color gris claro, un chaleco blanco, y llevaba un sombrero de paja con una cinta gris azulada. Su rostro, delgado, resultaba trigueño, y se prolongaba en una barba negra y corta que le daba un aire español y hacía echar de menos la gorguera isabelina. Fumaba un cigarrillo con parsimonia de hombre desocupado. Nada hacía presumir que aquella chaqueta gris ocultaba una pistola cargada, que en aquel chaleco blanco iba una tarjeta de policía, que aquel sombrero de paja encubría una de las cabezas más potentes de Europa. Porque aquel hombre era nada menos que Valentin, jefe de la policía parisiense, y el más famoso investigador del mundo. Venía de Bruselas a Londres para hacer la detención más importante del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La policía de tres países había seguido la pista al gran criminal de Gante a Bruselas, y de Bruselas a Hoek van Holland². Y se sos-

Gorguera: Adorno alrededor del cuello consistente en una tira de tela ancha y almidonada con pliegues sujetos por el centro.

Isabelina: De cualquiera de las reinas españolas o inglesas que se llamaron Isabel o relacionado con ellas.

¹ Ciudad de Inglaterra, en el condado de Essex, situada en la costa sudeste a unos 120 km de Londres.

² *Gante*, ciudad de Bélgica, situada a 60 km de Bruselas, en la confluencia de los ríos Lys y Escalda. *Hoek van Holland* es una ciudad costera de Holanda que está situada a unos 30 km de Rotterdam.



pechaba que trataría de pasar desapercibido en Londres, aprovechando el bullicio causado en aquellos días en la ciudad por la celebración del Congreso Eucarístico³. Probablemente viajaría como clérigo menor o como secretario relacionado con el Congreso. Pero Valentin no sabía nada a punto fijo. Sobre Flambeau nadie sabía nada a punto fijo.

Hacía ya muchos años que este coloso del crimen de repente dejó de tener al mundo en zozobra; y cuando cesó su actividad, como a la muerte de Rolando⁴, puede decirse que hubo una gran quietud en la tierra. Pero en sus mejores días —es decir, en sus peores días—, Flambeau era una figura tan imponente e internacional como el Kaiser⁵. Casi diariamente los periódicos de la mañana anunciaban que había logrado escapar a las consecuencias de un delito extraordinario, cometiendo otro peor. Era un gascón⁶ de estatura gigantesca y gran acometividad física. Y se contaban las historias más salvajes sobre sus arrebatos de humor atlético: un día cogió al *juge d'instruction*⁷ y lo puso boca abajo «para despejarle la cabeza»; otro, se le vio corriendo por la *Rue de Rivoli* con un policía bajo cada brazo. Si bien, para ser justos, hay que decir que esta fuerza fantástica solo la empleaba en ocasiones como las descritas, indignas pero no sanguinarias. Sus delitos eran siempre hurtos ingeniosos y masivos. Cada uno de sus robos era una forma nueva de delinquir y constituía una historia en sí misma. Fue él quien lanzó el negocio de la Gran Compañía Tirolesa de Londres, sin contar con una sola lechería, una sola

Acometividad:
Brío, pujanza.

³ Este dato sitúa la época de la acción. Este Congreso Eucarístico celebrado en Londres tuvo lugar en 1908.

⁴ Héroe del cantar de gesta francés del siglo XI *Chanson de Roland* (*Canción de Rolando* o *Cantar de Roldán*). El poema narra la batalla de Roncesvalles (718), en la que Rolando, sobrino de Carlomagno, muere a manos de los musulmanes por culpa de la traición de Ganelón.

⁵ En alemán, «emperador». Ese es el título que se aplicó a los tres emperadores del II Reich alemán. Chesterton se refiere concretamente a Guillermo II, que lo fue de 1888 a 1918, y a quien se aplicó por antonomasia el título de Kaiser.

⁶ Natural de Gascuña, antigua provincia francesa, en la zona del sudoeste de Francia comprendida entre el río Garona y los Pirineos.

⁷ «Juez de instrucción». (En francés en el original).



vaca, un solo carro, y ni una gota de leche, aunque sí con algunos miles de suscriptores. Y a estos los servía con el sencillísimo procedimiento de trasladar a sus puertas los frascos que los lecheros dejaban junto a las puertas de los vecinos. Fue él quien mantuvo una extensa y estrecha correspondencia con una joven, cuyas cartas eran invariablemente interceptadas valiéndose del extraordinario truco de fotografiar los mensajes en un tamaño increíblemente pequeño en el portaobjetos de un microscopio. Pero la mayor parte de sus hazañas se distinguían por una sencillez abrumadora. Cuentan que una vez repintó, aprovechándose de la soledad de la noche, todos los números de una calle, con el solo fin de hacer caer en una trampa a un forastero. No cabe duda de que él es el inventor de un buzón portátil que solía apostar en las bocacalles de los tranquilos suburbios, por si los transeúntes distraídos depositaban algún giro postal. Últimamente se había revelado como acróbata formidable; a pesar de su gigantesca mole, era capaz de saltar como un saltamontes y de esconderse en la copa de los árboles como un mono. Por todo lo cual el gran Valentin, cuando recibió la orden de buscar a Flambeau, comprendió muy bien que sus aventuras no acabarían en el momento de descubrirlo.

Y, ¿cómo arreglárselas para descubrirlo? Sobre este punto las ideas del gran Valentin estaban todavía en proceso de fijación.

Había una cosa que Flambeau, a pesar de su arte para disfrazarse, no podía ocultar, y era su enorme estatura. Valentin estaba pues decidido, en cuanto cayera bajo su mirada vivaz alguna vendedora de frutas de desmedida talla, un granadero, o una duquesa medianamente desproporcionada, a arrestarlos en el acto. Pero en todo el tren no se había encontrado con nadie que tuviera aspecto de ser un Flambeau disfrazado, como tampoco un gato podría ser una jirafa disfrazada. Respecto a los viajeros que iban con él, estaba completamente tranquilo. Y la gente que había subido al tren en Harwich o en otras estaciones no pasaba de seis pasajeros. Uno era un empleado del ferrocarril, pequeño él, que se dirigía a la últi-

Portaobjetos:
Lámina que sirve de soporte para las preparaciones o los cuerpos que se observan en un microscopio.

Granadero:
Soldado de una antigua compañía que formaba a la cabeza del regimiento por su elevada estatura.



ma estación de la línea. Dos estaciones más allá habían recogido a tres horticultores, a una señora viuda, diminuta, que procedía de una pequeña ciudad de Essex, y a un sacerdote católico romano, muy bajo también, que venía de un pueblecito de Essex. Al examinar, pues, al último viajero, Valentin renunció a descubrir a su hombre, y casi se echó a reír: el curita era la esencia misma de aquellos insulsos habitantes de la zona oriental; tenía una cara redonda y roma, como un budín de Norfolk⁸, unos ojos tan vacíos como el mar del Norte, y traía varios paquetitos de papel de estraza que no acertaba a juntar. Sin duda el Congreso Eucarístico había sacado de su estancamiento local a muchas criaturas semejantes, tan ciegas e ineptas como topos desenterrados. Valentin era un escéptico del más severo estilo francés, y no sentía amor por el sacerdocio. Pero sí podía sentir compasión, y aquel triste cura bien podía provocar lástima en cualquier alma. Llevaba un paraguas enorme y destartalado que se le caía constantemente. Parecía que no lograba distinguir entre sus billetes cuál era el de ida y cuál el de vuelta. A todo el mundo le contaba, con una monstruosa candidez, que tenía que andar con mucho cuidado, porque entre sus paquetes de papel traía una cosa de legítima plata «con piedras azules». Esta curiosa mezcolanza de vulgaridad, condición de Essex, y santa simplicidad divirtieron mucho al francés, hasta la estación de Tottenham, donde el cura logró bajarse, quién sabe cómo, con todos sus paquetes a cuestas, aunque todavía tuvo que regresar a por su paraguas. Cuando le vio volver, Valentin, en un raptó de buena intención, le aconsejó que, en adelante, no anduviera contando a todo el mundo lo del objeto de plata que traía. Pero Valentin, con quienquiera que hablara, parecía estar tratando de descubrir a otro, y a todos, ricos y pobres, hombres o mujeres, los consideraba con mucha atención, calculando si medirían seis pies. Porque Flambeau medía seis pies y cuatro pulgadas⁹.

Roma: Que carece de punta o filo.

Papel de estraza: Papel muy basto, áspero, sin cola y sin blanquear.

⁸ Condado del este de Gran Bretaña, entre el golfo de Wash y el mar del Norte. Se refiere a una especie de bizcocho relleno de carne o fruta típico de esa región.

⁹ Es decir, más de 1,90 m. El pie anglosajón tiene 12 pulgadas (aprox. 30,5 cm).



Valentin se apeó en Liverpool Street, enteramente seguro de que hasta ese punto el delincuente no se le había escapado. Se dirigió a Scotland Yard¹⁰ para regularizar su situación y pedir ayuda en caso de necesidad. Luego encendió otro cigarrillo y se fue a dar un largo paseo por las calles de Londres. Mientras caminaba por las calles y plazas, más allá de Victoria, se detuvo de pronto. Era una plaza elegante, tranquila, muy típica de Londres, llena de accidental quietud. Las casas que la rodeaban eran grandes y espaciosas, y parecía un lugar próspero y a la vez deshabitado; el pradito verde que había en el centro parecía tan desierto como una verde isla del Pacífico. De las cuatro calles que circundaban la plaza, una era mucho más alta que las otras, como formando un estrado, y la línea por ese lado estaba cortada por uno de esos admirables disparates de Londres: un restaurante que parecía extraviado en aquel sitio y venido del barrio de Soho. Era un objeto absurdo y atractivo, lleno de tientos con plantas enanas y persianas con rayas blancas y amarillo limón. Aparecía en lo alto de la calle, y, según la forma habitual de construir en Londres, un tramo de escaleras subía desde la calle hasta la puerta principal, casi a manera de una enorme escalera de salvamento sobre la ventana de un primer piso. Valentin se detuvo, fumando, frente a las persianas blancas y amarillas, y se quedó un rato contemplándolas.

Lo más increíble de los milagros es que acontezcan. Unas cuantas nubes se juntan en el cielo y asemejan un ojo humano que nos mira fijamente; en el fondo de un paisaje confuso, se alza un árbol que parece un signo de interrogación. Yo mismo he visto estas cosas hace pocos días. Nelson¹¹ muere en el instante de la victoria; y un hombre llamado Williams da la casualidad de que ase-

¹⁰ Forma coloquial de referirse a la Metropolitan Police Service (Policía Metropolitana de Londres), establecida por Robert Peel en 1829.

¹¹ El almirante Horatio Nelson (1758-1805) murió en la batalla de Trafalgar el mismo día en que la flota inglesa vencía a la franco-española a la altura del cabo Trafalgar.



Prosaico: insulso,
vulgar.

sina a otro llamado Williamson¹²; ¡una especie de infanticidio! En suma, la vida posee cierto elemento de coincidencia fantástica, que la gente acostumbrada a contar solo con lo prosaico nunca percibe. Como lo expresa muy bien la paradoja de Poe¹³, la prudencia debería contar siempre con lo imprevisto.

Aristide Valentin era profundamente francés, y la inteligencia francesa es, especial y únicamente, inteligencia. Valentin no era «máquina pensante» —insensata frase, hija del fatalismo y el materialismo modernos—. La máquina solamente es máquina por cuanto no puede pensar. Pero él era un hombre pensante y, al mismo tiempo, un hombre claro. Todos sus éxitos, tan admirables que parecían cosa de magia, se debían a la lógica, al pensamiento francés claro y lleno de sentido común. Los franceses electrizan al mundo no lanzando una paradoja, sino creando un lugar común. Y llevan el lugar común tan lejos como puede verse en la Revolución francesa. Pero, por lo mismo que Valentin entendía el uso de la razón, comprendía sus límites. Solo alguien que no sabe nada de motores puede hablar de motores sin gasolina; solo el ignorante en cosas de la razón puede creer que pueda razonarse sin sólidos e indiscutibles primeros principios. Y en este caso no había sólidos primeros principios. A Flambeau le habían perdido la pista en Harwich y, si estaba en Londres, podría encontrarse en toda la escala que va desde un vagabundo alto que recorre los arrabales de Wimbledon, hasta un alto *toast-master*¹⁴ en algún banquete del «Hotel Métropole». Cuando solo contaba con noticias tan vagas, Valentin solía tener una opinión y seguir un método que le eran propios.

En casos como este, Valentin se fiaba de lo imprevisto. En casos como este, cuando no era posible seguir un

¹² Tenga en cuenta el lector que «son» significa hijo.

¹³ Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor y poeta estadounidense, está considerado como el «padre de la novela policíaca» por sus cuentos analíticos (publicados en esta misma colección).

¹⁴ El que dirige los brindis.



proceso racional, seguía, fría y cuidadosamente, el proceso de lo irracional. En vez de ir a los lugares más indicados —bancos, puestos de policía, centros de reunión—, Valentin asistía sistemáticamente a los menos indicados: llamaba a las casas vacías, se metía por los *cul de sac*¹⁵, recorría todas las callejas bloqueadas de escombros, se dejaba ir por todas las calles transversales que le alejaban inútilmente de las arterias céntricas. Y defendía muy lógicamente este procedimiento absurdo. Decía que, de tener algún indicio, nada hubiera sido peor que aquello; pero, a falta de toda noticia, aquello era lo mejor, porque al menos existía la probabilidad de que la misma extravagancia que había llamado la atención al perseguidor hubiera impresionado con anterioridad al perseguido. El hombre tiene que empezar sus investigaciones por algún sitio, y lo mejor era empezar donde otro hombre pudo detenerse. El aspecto de aquella escalinata, la misma quietud y curiosidad del restaurante, todo aquello conmovió la romántica imaginación del policía y le sugirió la idea de probar fortuna. Subió las gradas y, sentándose en una mesa junto a la ventana, pidió una taza de café solo.

Aún no había almorzado. Sobre la mesa, los restos de otros desayunos le recordaron su apetito; pidió entonces un huevo escalfado, y procedió, pensativo, a endulzar su café, sin olvidar en ningún momento a Flambeau. Pensaba en cómo Flambeau había escapado en una ocasión gracias a unas tijeras de uñas; en otra, gracias a un incendio; otra vez, huyó con el pretexto de pagar una carta falta de franqueo; y otra, al poner a la gente a mirar por el telescopio un cometa que iba a destruir el mundo. Y Valentin se decía, con razón, que su cerebro de detective y el del delincuente eran igualmente poderosos. Pero también se daba cuenta de su propia desventaja: «El delincuente —pensaba sonriendo— es el artista creador, mientras que el detective es solo el crítico». Y levantó lentamente su taza de café hasta los labios..., pero la separó al instante: había echado sal al café en vez de azúcar.

¹⁵ «Calle sin salida». (En francés en el original).



Examinó el objeto en que le habían servido la sal: era un azucarero, tan claramente destinado al azúcar como lo está la botella de champán al champán. No entendía cómo habían podido servirle sal. Buscó por allí algún azucarero ortodoxo...; sí, allí había dos saleros llenos. Tal vez reservaran alguna sorpresa. Probó el contenido de los saleros, era azúcar. Entonces extendió la vista en derredor con aire de interés, buscando algunas otras huellas de aquel singular gusto artístico que llevaba a poner azúcar en los saleros y sal en los azucareros. Salvo un manchón de líquido oscuro derramado sobre una de las paredes empapeladas de blanco, todo lo demás aparecía limpio, agradable, normal. Llamó al timbre.

Cuando el camarero acudió presuroso, despeinado y algo torpe todavía a aquella hora de la mañana, el detective —que no carecía de gusto por las bromas sencillas— le pidió que probara el azúcar y dijera si aquello estaba a la altura de la reputación de la casa. El resultado fue que el camarero bostezó y acabó de despertarse.

—¿Y todas las mañanas gastan ustedes a sus clientes estas bromitas? —preguntó Valentín—. ¿No les resulta nunca cansada la bromita de trocar la sal y el azúcar?

El camarero, cuando acabó de entender la ironía, le aseguró, tartamudeando, que no era tal la intención del establecimiento, que aquello era una equivocación inexplicable. Cogió el azucarero y lo contempló, y lo mismo hizo con el salero, manifestando un creciente asombro. Al fin, pidió excusas precipitadamente, se alejó corriendo, y volvió pocos segundos después acompañado del propietario. El propietario examinó también los dos recipientes, y también se manifestó muy asombrado.

De pronto, el camarero soltó un chorro inarticulado de palabras.

—Yo creo —dijo tartamudeando— que fueron esos dos sacerdotes.

—¿Qué sacerdotes?

—Esos sacerdotes que arrojaron la sopa a la pared —dijo el criado.



—¿Arrojaron la sopa a la pared? —preguntó Valentin, figurándose que aquella era alguna singular metáfora italiana.

—Sí, sí —dijo el criado con mucha animación, señalando la mancha oscura que se veía sobre el papel blanco—. La arrojaron allí, a la pared.

Valentin miró con aire de curiosidad al propietario. Y este satisfizo su curiosidad con el siguiente relato:

—Sí, caballero, esa es la verdad, aunque no creo que tenga ninguna relación con esto de la sal y el azúcar. Dos sacerdotes vinieron muy temprano, en cuanto abrimos la casa, y pidieron sopa. Parecían gente muy tranquila y respetable. Uno de ellos pagó la cuenta y salió. El otro, que era más pausado en sus movimientos, estuvo algunos minutos recogiendo sus cosas, y al cabo salió también. Pero antes de hacerlo tomó deliberadamente el tazón (no se la había bebido toda), y arrojó la sopa a la pared. Yo y el camarero estábamos en el interior, así que apenas pudimos llegar a tiempo para ver la mancha en la pared y el salón ya completamente desierto. No es un daño muy grande, pero es una gran desverguenza. Aunque quise alcanzar a los dos hombres, ya iban muy lejos. Solo pude advertir que doblaban la esquina de Carstairs Street.

El policía se había levantado, puesto el sombrero y empuñado el bastón. En la completa oscuridad en que se movía, estaba decidido a seguir el único indicio anormal que se le ofrecía; y el caso era, en efecto, bastante anormal. Pagó, cerró de golpe tras de sí la puerta de cristales, y pronto había doblado también la esquina de la calle.

Por fortuna, aun en los instantes de mayor fiebre conservaba alerta la vista. Algo le llamó la atención frente a una tienda, e inmediatamente retrocedió unos pasos para observarlo. La tienda era un almacén popular de comestibles y frutas, y al aire libre estaban expuestos algunos artículos con sus nombres y precios, entre los cuales destacaban un montón de naranjas y otro de nueces. Sobre el montón de nueces había un tarjetón que ponía, con letras azules: «Naranjas finas de



Tánger, dos por un penique». Y sobre las naranjas una inscripción semejante e igualmente exacta, decía: «Nueces finas de Brasil, a cuatro la libra». Valentín, considerando los dos tarjetones, pensó que aquella forma de humor no le era desconocida, por su experiencia de hacía un momento. Llamó la atención del frutero sobre el caso, y este, de rostro bermejo y un aire estúpido, miró a uno y otro lado de la calle como preguntándose la causa de aquella confusión. Y, sin decir nada, colocó cada letrero en su sitio. El policía, apoyado con elegancia en su bastón, siguió examinando la tienda y al fin exclamó:

—Perdone usted, señor, mi indiscreción: quisiera hacerle a usted una pregunta referente a la psicología experimental y a la asociación de ideas.

El caribermejo comerciante le miró de un modo amenazador. El detective, blandiendo el bastoncillo en el aire, continuó alegremente:

—¿Qué hay de común entre dos anuncios mal colocados en una frutería y el sombrero de teja de alguien que ha venido a pasar a Londres un día de fiesta? O, para ser más claro: ¿qué relación mística existe entre estas nueces, anunciadas como naranjas, y la idea de dos clérigos, uno muy alto y otro muy pequeño?

Los ojos del tendero parecieron salirse del rostro, como los de un caracol. Por un instante parecía que iba a arrojar sobre el extranjero. Y al fin exclamó, iracundo:

—No sé lo que tendrá usted que ver con ellos, pero, si son amigos suyos, dígalos de mi parte que les voy a romper la cabeza aunque sean párrocos, como vuelvan a tirarme las manzanas.

—¿De veras? —preguntó el detective con mucho interés—. ¿Le han tirado a usted las manzanas?

—Como que uno de ellos —repuso el enfurecido frutero— las echó a rodar por la calle. De buena gana le hubiera cogido, pero tuve que entretenerme en arreglar otra vez el montón.

—¿Hacia dónde se encaminaron los párrocos?

—Por la segunda calle, a mano izquierda, y después cruzaron la plaza.



—Gracias —dijo Valentin, y desapareció como por encanto.

Pasadas dos calles se encontró con un guardia, y le dijo:

—Guardia, oiga, se trata de un asunto urgente, ¿ha visto usted pasar a dos clérigos con sombrero de teja?

El guardia trató de recordar.

—Sí, señor, los he visto. Por cierto, que uno de ellos me pareció ebrio: estaba en mitad de la calle como atontado...

—¿Por qué calle se fueron? —le interrumpió Valentin.

—Tomaron uno de aquellos ómnibus amarillos que van a Hampstead¹⁶.

Valentin exhibió su tarjeta oficial y dijo precipitadamente:

—Llame usted a dos de los suyos, que vengan conmigo en persecución de esos hombres.

Y cruzó la calle con una energía tan contagiosa, que el pesado guardia se echó a andar también con obediente agilidad. Antes de dos minutos, un inspector y un hombre en traje de paisano se unieron al detective francés.

—¿Qué se le ofrece, caballero? —preguntó el inspector, con una sonrisa con la que se daba importancia.

Valentin señaló con el bastón.

—Ya se lo diré a usted cuando estemos en aquel ómnibus —contestó, escurriéndose y abriéndose paso por entre el tráfago de la calle. Cuando los tres, jadeantes, se encontraron en el imperial del amarillo vehículo, el inspector dijo:

—Irámos cuatro veces más de prisa en un «taxi».

—Es verdad —le contestó el jefe plácidamente—, siempre que supiéramos adónde vamos.

—Pues, ¿dónde *quiere* usted que vayamos? —le replicó el otro, asombrado.

Valentin, con aire ceñudo, continuó fumando en silencio unos segundos, y después, apartando el cigarrillo, dijo:

Imperial: Sitio con asientos que algunos carruajes tenían encima de la cubierta.

¹⁶ Barrio al noroeste de Londres que tiene un gran parque.



—Si usted *sabe* lo que va a hacer un hombre, adelántesele. Pero si usted quiere descubrir lo que va a hacer, vaya detrás de él. Extraviése donde él se extravié, déntégase cuando él se detenga, y viaje tan lentamente como él. Entonces verá usted lo mismo que ha visto él y podrá usted adivinar sus acciones y obrar en consecuencia. Lo único que podemos hacer es llevar la mirada alerta para descubrir cualquier objeto extravagante o cualquier cosa que se salga de lo común.

—¿Qué clase de objeto extravagante?

—Cualquiera —contestó Valentin, y se hundió en un obstinado mutismo.

El ómnibus amarillo recorría las calles del norte. El tiempo transcurría, inacabable. El gran detective no podía dar más explicaciones, y acaso sus ayudantes empezaban a sentir una creciente y silenciosa desconfianza. Acaso también empezaban a experimentar un apetito creciente y silencioso, porque la hora del almuerzo había pasado ya, y las inmensas calles de los suburbios del norte de Londres parecían alargarse cada vez más, como las piezas de un infernal telescopio. Era aquel uno de esos viajes en que el hombre no puede menos de sentir que se va acercando al término del universo, aunque enseguida se da cuenta de que simplemente ha llegado a la entrada del parque de Tufnell. Londres se deshacía ahora en miserables tabernas y tristes matorrales y más allá volvía a renacer en elegantes calles con ostentosos hoteles. Parecía aquel un viaje por trece ciudades consecutivas. El crepúsculo invernal comenzaba ya a vislumbrarse —amenazador— frente a ellos; pero el detective parisiense seguía sentado sin hablar, mirando a todas partes, no perdiendo detalle de las calles que ante él se desarrollaban. Ya habían dejado atrás el barrio de Camden, y los policías iban medio dormidos. De pronto, Valentin se levantó y, poniendo una mano sobre el hombro de cada uno de sus ayudantes, dio orden de parar. Los ayudantes dieron un salto.

Bajaron por la escalerilla a la calle, sin saber con qué objeto los habían hecho bajar. Miraron alrededor, como tratando de averiguar la razón, y Valentin les señaló



triumfalmente una ventana que había a la izquierda, en un café suntuoso lleno de adornos dorados. Era la zona reservada para las comidas importantes. Había un letrero: *Restaurant*. La ventana, como todas las de la fachada, era de vidrio esmerilado nevado. Pero en medio de la ventana había una rotura grande, negra, como una estrella entre los hielos.

—¡Al fin hemos dado con un indicio! —dijo Valentin, blandiendo con furia el bastón—. Aquella ventana rota.

—¿Qué ventana? ¿Qué indicio? —preguntó el inspector—. ¿Qué prueba tenemos para suponer que eso sea obra de ellos?

Valentin casi rompió su bambú de rabia.

—¿Pues no pide una prueba este hombre, Dios mío! —exclamó—. Claro que hay veinte probabilidades contra una de que no tenga *nada* que ver con ellos. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿No ve usted que estamos en el caso de seguir la más nimia sospecha, o de renunciar e irnos a casa a dormir tranquilamente?

Empujó la puerta del café, seguido de sus ayudantes, y pronto se encontraron todos sentados ante un almuerzo tan tardío como helado. De vez en cuando echaban una mirada a la ventana rota. Pero no por eso veían más claro el asunto.

Al pagar la cuenta, Valentin le dijo al camarero:

—Veo que se ha roto esa ventana, ¿eh?

—Sí, señor —dijo este, muy preocupado con darle el cambio, sin hacerle mucho caso.

Valentin, en silencio, añadió una propina considerable. Ante esto, el camarero se puso comunicativo:

—Sí, señor; una cosa increíble.

—¿De veras? Cuéntenos usted cómo fue —dijo el detective, como sin darle mucha importancia.

—Verá usted: entraron dos curas, dos párrocos forasteros de esos que andan ahora por aquí. Pidieron alguna cosilla de comer, comieron muy quietecitos, uno de ellos pagó y se fue. El otro iba a salir también, cuando advertí que me habían pagado el triple de lo debido. «Oiga usted», le dije al hombre, que ya iba por la puer-

Vidrio esmerilado:
Se obtiene puliendo el vidrio con esmeril u otra sustancia. El resultado es que deja pasar la luz pero impide ver nítidamente. También se le conoce como vidrio opacado.



ta, «me han pagado ustedes más de la cuenta». «¿Ah, sí?», me contestó con mucha indiferencia. «Sí», le dije, y le enseñé la nota... Bueno, lo que pasó luego es inexplorable.

—¿Por qué?

—Porque yo hubiera jurado por la santísima Biblia que había escrito en la nota cuatro chelines, y me encontré ahora con la cifra de catorce chelines.

—¿Y después? —dijo Valentin lentamente, pero con los ojos llameantes.

—Después, el párroco que estaba en la puerta me dijo muy tranquilamente: «Lamento enredarle a usted sus cuentas; pero es que voy a pagar por la ventana». «¿Qué ventana?». «La que ahora mismo voy a romper»; y rompió aquel bendito cristal con su paraguas.

Los tres lanzaron una exclamación de asombro, y el inspector preguntó en voz baja:

—¿Se trata de locos huidos?

El camarero continuó, complaciéndose manifiestamente en su extravagante relato:

—Me quedé tan espantado, que no supe qué hacer. El párroco se reunió con su compañero y doblaron por aquella esquina. Y después se dirigieron tan de prisa hacia Bullock Street que no pude darles alcance, aunque eché a correr tras ellos.

—¡Rápido, a Bullock Street! —ordenó el detective.

Y salieron disparados hacia allá, tan veloces como sus perseguidos. Ahora se encontraban entre callecitas enladrilladas que tenían aspecto de túneles; callecitas oscuras que parecían formadas por la espalda de todos los edificios. La niebla comenzaba a envolverlos, y aun los policías londinenses se sentían extraviados por aquellos parajes. Pero el inspector tenía la seguridad de que iban a desembocar en cualquier zona del parque de Hampstead.

Súbitamente, una ventana iluminada por luz de gas apareció en la oscuridad de la calle como una linterna. Valentin se detuvo ante ella: era una confitería. Vaciló un instante y al fin entró, hundiéndose entre los brillos y los alegres colores de la confitería. Con toda gravedad y mucha parsimonia compró hasta trece cigarrillos de



chocolate. Estaba buscando el mejor medio para entablar un diálogo; pero no necesitó comenzarlo.

La señora de cara angulosa que le había despachado sin prestar más que una atención mecánica al elegante aspecto del comprador, al ver destacarse en la puerta el uniforme azul del policía que le acompañaba, pareció volver en sí, y dijo:

—Si vienen ustedes por el paquete, ya lo remití a su destino.

—¡El paquete! —repitió Valentin con curiosidad.

—El paquete que dejó ese señor, ese señor párroco.

—Por favor, señora —dijo entonces Valentin, dejando ver por primera vez su ansiedad—, por amor de Dios, díganos usted con todo detalle de qué se trata.

La mujer, algo inquieta, explicó:

—Pues verá usted: esos señores estuvieron aquí hará una media hora, bebieron un poco de menta, charlaron y después se encaminaron al parque de Hampstead. Pero al rato, uno de ellos volvió y me dijo: «¿Me he dejado aquí un paquete?». Yo no encontré ninguno por más que busqué. «Bueno —me dijo él—, si luego aparece por ahí, tenga usted la bondad de enviarlo a estas señas». Y con la dirección me dejó un chelín por la molestia. Y, en efecto, aunque yo estaba segura de haber buscado bien, poco después me encontré con un paquete de papel de estraza, y lo envié al sitio indicado. No me acuerdo bien adónde era, era por Westminster¹⁷. Como parecía ser algo importante, pensé que tal vez la policía había venido a buscarlo.

—Sí —dijo Valentin—, a eso vine. ¿Está cerca de aquí el parque de Hampstead?

—A unos quince minutos. Y por aquí saldrá usted derecho a la puerta del parque.

Valentin salió de la confitería precipitadamente, y echó a correr en aquella dirección; sus ayudantes le seguían con un trotecito de mala gana.

Chelín: Moneda inglesa equivalente a la vigésima parte de una libra, usada hasta 1970.

¹⁷ Abadía gótica al oeste del antiguo Londres (Westminster significa «monasterio del oeste») que ha dado nombre al barrio actual, donde se encuentra la sede del Parlamento inglés y los palacios de Buckingham y Saint-James.

Índice

Presentación: GILBERT KEITH CHESTERTON.....	5
I. La cruz azul	9
II. El jardín secreto	35
III. Las pisadas misteriosas	61
IV. Las Estrellas Errantes	85
V. El Hombre Invisible	105
VI. El honor de Israel Gow	125
VII. La forma equívoca	145
VIII. Los pecados del príncipe Saradine	169
IX. El martillo de Dios	193
X. El ojo de Apolo	215
XI. La señal de la espada rota	235
XII. Los tres instrumentos de la muerte	257
Apéndice: <i>El Padre O'Connor y el Padre Brown</i>	275

El candor del Padre Brown



Doce relatos componen este volumen con el que el divertido y paradójico Gilbert Keith Chesterton dio a conocer al Padre Brown. Este cura católico, de aspecto insignificante y candoroso, tiene un cerebro privilegiado y una intuición singular para leer en los recovecos del corazón humano. Pero su bondad natural le impide juzgar y condenar: descubre el delito, pero intenta «salvar» al delincuente. Un libro rebotante de ingenio y humor, de un autor cuya influencia ha llegado hasta Borges.



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-678-7166-1



1566079



ANAYA